

Clase 10 - Corporalidades. Discriminación(es) como práctica cultural. Problemáticas de género. Prácticas y discursos violatorios de derechos. Deporte y feminismo.

Textos: **Rugby y masculinidad: dos caras de una misma moneda... sólo para hombres** - Branz, Juan Bautista

El hockey femenino y las leonas. Identidades cruzadas, entre nación, clase social y género - Uliana, Santiago

¡Hola a todes!

Siguiendo con la unidad 3, **Políticas públicas y abordaje inclusivo**, esta vez haremos el abordaje de una temática que si bien cuenta con muchos años, ha sido visibilizada no hace tanto tiempo y nos interpela directamente en nuestra profesión. Las cuestiones vinculadas al género y al deporte no escapan a lo que en realidad es el proceso cultural. Comunicación, deporte y derechos, conviven en cada práctica deportiva develando una arena de luchas, negociaciones, consensos (pocos), subestimaciones, violencias y silencios.

¿Recuerdan que en la unidad 2 hablamos de los antecedentes de los derechos? Bueno, en este caso vamos a hacer una salvedad. Si bien recorrimos la constitución de estos en la historia mundial, nos hemos olvidado (adrede) de una cuestión fundamental: los Derechos de las mujeres. Cuando situamos la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, como su nombre lo indica, resaltaba una concepción binaria donde había alguien visible y alguien oculto. Si deseáramos justificar eso acoplando el concepto de lenguaje genérico y HOMBRE, como abarcador de todas las identidades (que nos llevaría a una extensa discusión sobre quiénes construyen el lenguaje y por qué), estaríamos obviando la figura de la escritora francesa Olympe de Gouges y de la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana.

Una mujer, todas las mujeres

A pesar de los vastos cambios sociales, políticos y culturales del SXX que hacían prever también la instauración de una mirada más amplia, Olympe se encargó de resaltar que entre las modificaciones habían obviado a las mujeres. Como una de las precursoras del feminismo, en 1791 no dudó en escribir una Declaración que exigía libertad, igualdad de oportunidades y condiciones. Su mirada crítica llena de contenido político y de exigencias justas, también la llevó a fundar la Sociedad Popular de Mujeres y a dirigir L'Impatient, un periódico de la época con textos revolucionarios.

Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana

Artículo I La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos. Las distinciones sociales no pueden estar basadas más que en la utilidad común. Artículo II El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e inalienables de la mujer y del hombre; estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión. Artículo III El principio de toda soberanía reside, esencialmente, en la Nación, que no es sino la reunión de la mujer y del hombre; ninguna corporación, ningún individuo puede ejercer autoridad alguna que no emane expresamente de ella.

Su impronta y fuerza generaron temores en el poder vigente y el 3 de noviembre de 1793 perdió literalmente la cabeza, práctica muy común en un país donde la guillotina cerraba oportunidades y acallaba voces.

Con el paso del tiempo y la necesidad de espacios propios, las luchas mostraron cómo en un mundo lleno de avances, sólo quienes no pertenecían al género masculino quedaban

relegadas. Los estereotipos e imaginarios provenientes de los poderes legitimados y traducidos en escolarización y socialización no beneficiaban para nada la situación, pero Olympe ya había minado el campo lo suficiente como para que en los márgenes emergieran procesos de quiebre.

Para 1860, año en el que las Federaciones Deportivas empezaron a originarse, se comenzó a considerar que algunas prácticas quizás pudieran contener a las mujeres, siempre y cuando no fueran competitivas ni *mancharan* los cuerpos sagrados de las futuras madres y esposas. En general, desde la medicina y la política, no veían con buenos ojos el avasallamiento de las féminas sobre un campo tan predominantemente masculino. Las actividades que finalmente fueron aceptadas estaban avaladas por un modelo higienista y utilitario, y permitían prácticas que sólo beneficiaran los roles complementarios estipulados: la casa, la maternidad, el matrimonio.



*"Para ellas la gracia, el hogar y los hijos. Reservemos para los hombres la competición deportiva".
Pierre de Coubertin*

Sin ser la excepción a la regla, el ideal de hombre que acompañó al Barón de Coubertin y a los Juegos Olímpicos en 1896, mostraba a mujeres espectadoras o encargadas de coronar a los triunfadores. Es importante mencionar este evento, el más importante a nivel internacional, porque funciona como espejo que devela lo que sucede en las sociedades. Como ya lo hemos visto en Berlín 1936 y en Munich 1972, entre otros, el mayor evento deportivo internacional es una radiografía de realidades proyectadas a nivel macro, aparecen las desigualdades, los abusos y los avasallamientos.

La invasión del sexo (¿débil?) en JJOO

Desde el pensamiento patriarcal, los cuerpos femeninos se anulaban al ponerse las zapatillas, e irrumpían la sacralidad del *ser mujer* pautado desde la norma oficial generadora de habitus. Desde una lógica binaria, el macho era (y en muchos casos sigue siendo) quien pega, golpea, pateo, dirige y siente el placer del triunfo ostentando el poder absoluto del falo que lo habilita a la libertad física que se ganó por haber nacido portador de un *género superior*.

"El género es un pacto performativo; teatralización situacional, donde se establecen y reproducen diferentes maneras de actuar construyendo, en el mismo instante performativo, un discurso de legitimación...", enunciaría Judith Butler. De ese modo, el rol de la mujer en la celebración se construyó a la sombra del sometimiento estructural y aun en presencia, la ausencia sería más simbólica que material.

Charlotte Cooper, en París 1900, sería la primera ganadora que obtuvo un título y que haría temblar a los hombres no sólo en el tenis mixto. Su presencia había comenzado a dejar a la intemperie la poca certeza de fragilidad de los movimientos en cada revés, en cada saque de arriba que enmudecía al público. Hombre y mujeres, agrupados en un Otro conformado desde la mirada hegemónica, asistían azorados al espectáculo, viendo cuerpos que rompían paradigmas de exclusión y amenazaban el poder/saber masculino sagrado.

Veintiocho años después, en Ámsterdam, el atletismo se abriría de la mano de la feminista Alice Milliat. La atleta fue fundadora de la Federación de Sociedades Femeninas en 1919, en Francia, y organizadora de una verdadera revolución: los primeros **Juegos Mundiales femeninos en París 1922**. Dichos eventos, repetidos exitosamente, generaron el temor del barón de Coubertín que debió ceder ante sus ojos al cupo femenino en los JJOO. Elizabeth Robinson, el 31 de julio de 1928, sería la portadora del primer oro olímpico de la historia del atletismo femenino, en una carrera de 100 metros.

Las repercusiones no se harían esperar. Desde congresos médicos donde afirmaban los problemas que traería la actividad en la procreación, hasta las memorias del retirado Coubertin señalando que la primera presencia de las mujeres en los Juegos *no la había podido evitar*, todos querían encontrar justificaciones para un no que ya era un sí. Lo cierto es que Milliat, aprovechando el impulso de la acción y el poder de las mujeres durante la primera guerra que las había puesto en fábricas y tareas que antes eran prohibidas, pudo dar el batacazo final. En 1925 y con un nuevo presidente en el COI, negoció la apertura de la puerta al deporte mundial. Para ese año, la precursora de la lucha tenía a cargo 300 organizaciones deportivas y muchas mujeres ávidas de salir a la cancha. En 1928, ya había cinco actividades habilitadas.

Con los cimientos, el desfile de grandes deportistas se inició en un terrible silencio que visibilizaba solamente logros (en notable menos cantidad que los masculinos) y derrotas que ocupaban pequeños espacios mediáticos. Por otro lado, los murmullos a gritos sobre la femineidad o virilidad de deportistas intentaban soterrar los espacios ganados. Y entre biología y doble moralidad, cromosomas y denuncias, los deportes empezaron a tener mujeres y las miradas a ampliarse. En 1936, y en un marco histórico teñido de sangre, llegó el tiro con arco, las regatas de vela, el patinaje artístico. El miedo masculino a que se termine de quebrar la muralla deporte de machos/deporte de hembras parecía no acrecentarse, a pesar de roles que empezaron a ocuparse. En México 1968, la corredora de salto vallas Enriqueta Basilio Sotelo, sería la primera mujer en encender y portar la llama olímpica.

“No solo hay jugadoras de tenis y nadadoras. Hay también mujeres practicantes de esgrima y Amazonas y, en América, remeras. ¿Habrán tal vez mañana corredoras e incluso mujeres que jueguen al fútbol?” Pierre de Coubertin

En 1981, fueron elegidos 117 miembros de los cuales 16 fueron mujeres que habían comenzado a pisar terreno firme. Ese mismo año, el Comité Olímpico Internacional contó con Flor Isava Fonseca (Venezuela) y Pirjo Haggman (Finlandia). Ellas se convirtieron en las primeras en del Comité, de la mano de Juan Antonio Samaranch.

Fonseca se mantuvo en el organismo hasta 2001.

"Afortunadamente, la mentalidad respecto a las mujeres ha evolucionado enormemente con el paso del tiempo, lo que naturalmente, ha repercutido en el movimiento Olímpico", señalaría el impulsor de esta renovación, Juan Antonio Samaranch Torelló, presidente del COI entre 1980 y 2001.

En Barcelona 1992 fueron portavoz manifiesto de los conflictos interraciales y la necesidad de inclusión cultural. Sus cuerpos hablaron otros temas, y apareció la australiana Cathy Freeman y con la misma velocidad que usó en la pista, proclamó la visibilización, reivindicación y respeto a las culturas aborígenes, de las cuales formaba parte. *“Cos I’m free”*, era el lema que llevaba tatuado en uno de sus brazos y que dejó como huella en los 400 metros. Sin detenerse, también pidieron vetar países que por motivos culturales o religiosos

impidieran la participación de las mujeres, situación que cambiaría drásticamente años después.

Y llegó el contradiscurso más fuerte para los/las/les amantes del fútbol y siguiendo las reglas del mercado, el gran gol fue marcado en Atlanta 1996. Casi 100 años después de que un hombre se colocara un botín en París 1900. Los discursos opositores no tardaron en llegar. Joseph Blatter, presidente de la FIFA en 2004, sugirió pantalones cortos más ajustados para atraer miradas masculinas. El mundo islámico, pretendió infringir reglas de vestuario con, entre otras cuestiones, el uso hiyab. Ambas posturas fueron condenadas pero los estereotipos no iban a desaparecer de la noche a la mañana.

Con el fútbol, la subjetividad constituida desde la modernidad (porque en la antigüedad no pueden olvidarse los juegos olímpicos de Hera) en el proceso cultural deportivo, y en las prácticas corporales como portadoras de identidad, exacerbó la violencia. *Marimacho y puta*, fueron dos de los ejes conceptuales más utilizados. La asociación entre identidad de género y determinados deporte, ancló los avances hasta diseminar el relato que *si se hacían cosas de hombres, existía tendencia a cambiar la elección sexual*. Ellos y toda la simbología habida y por haber, se instaló fuertemente en los medios.

No era la acción lo que se condenaba, sino quién la ejercía y qué lugar ocupaba. Hay que reconocer que reapropiarse del arco era la ofensa mayor para las mentes masculinas y para las femeninas cooptadas también. Y esa acción, encima, provenía de un ser cuya constitución identitaria tenía una misión ancestral: reproducir, parir, amamantar y obedecer. ¿Cómo pasar del poder de dar la teta al de meter un penal? Pero los penales se metieron y fueron al centro.

Para los JJOO Sydney 2000 ya existía en el COI una responsable del área Promoción de la mujer, Mascagni Stivachtis. Desde ese momento se exigió que en el programa haya competencias femeninas, y así las mujeres participaron en 36 disciplinas y los hombres en 37. Las modalidades de lucha siguieron con la marca masculina, y se incluyó la halterofilia, pentatlón moderno y waterpolo y hubo exclusividad en gimnasia rítmica y natación sincronizada.

En Atenas 2004, tres mujeres marcaron un hito. Rocaya Al Ghasra (Bahrein), Ala Hikmat (Irak) y Sanaa Abu Bakhit (Palestina) no portaron oro en sus disciplinas, pero con sus velos marcaron la integración de la mujer musulmana y el derecho a ser deportistas. Esto no logró empañar las agresiones desde su propia cultura, vividas en Barcelona 1992 por la marroquí Nawal El Moutawakil, primera campeona individual africana y musulmana.

En los Juegos de la Juventud de Buenos Aires 2018 fue la primera vez en la historia olímpica en que hubo la misma cantidad de competidores en las categorías masculinas y femeninas: un total de 1.999 atletas de cada sexo llegaron al país para competir en los Juegos Olímpicos de la Juventud que fueron celebrados por el COI como los Juegos de la igualdad de género, un sueño para la marca olímpica que, sin embargo, no se repetirá en Tokio 2020, donde la cantidad de atletas mujeres seguirá siendo, como toda la historia, menor a la de los varones.

Golpearse en la cancha es cosa de nenes

La mirada de Coubertín sobre la exclusión del género de los Juegos Olímpicos, y las palabras y los sentidos de sus seguidores, se verían reflejados en el tiempo que se demoró en

ingresar a los deportes de lucha.

Indudablemente, la deconstrucción simbólica/material del hecho implicaría un cambio rotundo en el contrato fundacional del evento que hablaba de un modelo de hombre, en su completa literalidad. La resignificación del cuerpo femenino en un cuadrilátero era el toque magistral para hacer caer el castillo de naipes, más allá del apoyo o no, de la opinión pública sesgada por la perspectiva patriarcal o del acompañamiento de los medios supeditados

“No solo hay jugadoras de tenis y nadadoras. Hay también mujeres practicantes de esgrima y Amazonas y, en América, remeras. ¿Habrá tal vez mañana corredoras e incluso mujeres que jueguen al fútbol?”
Pierre de Coubertin

constantemente a lo que la industria cultural decide promover. Entonces, cuando se suponía que las deportistas estarían contentas por los logros que se permitieron tener desde el sistema que comenzaba a abrirse, aparecieron los primeros y verdaderos golpes. Nada fue azaroso, no hubo puertas abiertas ni bienvenidas. Después de 104 años, una mujer se ponía los guantes y daba un verdadero knock out a los ojos habituados a los golpes del héroe. La filosofía planteada por el Barón al iniciar los juegos modernos caía en manos de una mujer y el deporte, definitivamente, no colaboraría más en el sometimiento a los designios del hombre ideal. Por fin, la mundialización de la cultura deportiva no trabajaría más a la orden de la domesticación del género femenino.

El primer título en boxeo olímpico trajo más avances. Nicola Adams, boxeadora británica se llevó el oro en Londres 2012 pero ya traía consigo varios triunfos que se sucedieron post olimpiadas. El segundo gran logro fue al sacarse los guantes: sentó precedente al declararse de la comunidad LGBT. Ese triunfo no fue solamente suyo, sino sociocultural. Los parámetros binarios pasaron a ser meras clasificaciones abstractas de sexo pero no de identidad de género.

Un par de años antes, en 1992, se habían incluido el yudo, y en el 2004 la lucha femenina. En Río 2016 sería Kimia Alizadeh quien patearía el tablero con el taekwondo. Dentro de las actividades que costaron aceptar y que crece continuamente a nivel mundial, el rugby fue una de las más recientes en acceder a las olimpiadas. De hecho, recién el Río 2016 hicieron su aparición las referentes mundiales y Argentina debió esperar a los Juegos de la Juventud de Buenos Aires 2018 para ver a Las Pumas.

“Es allí donde se reproduce el modelo masculino dominante por excelencia, según los criterios de clasificación de lo que, para el Estado, sería un verdadero hombre: templado, racional, culto, educado por un sistema de pautas dominantes y hegemónicas, vinculadas a la heteronormatividad y con la exaltación de la virilidad, dentro y fuera del campo del rugby. Pero, complementariamente, corajudo, audaz y valiente, con una hombría a sostener ante cualquier contingencia...”, diría el investigador Juan Branz, invitado a ser leído en esta clase. Con esas características proyectadas a nivel macro, ¿quién se atrevería a siquiera murmurar que faltaban las mujeres?

La identidad de género y el género atravesaron así el partido más picante en los Juegos Olímpicos. Porque indudablemente no es una celebración más, es la que exhibe a los mejores, visibiliza triunfos y derrotas que atraviesan fronteras y muestra cómo las desterritorializaciones y reterritorializaciones deportivas se han ido desarrollando. Con grandes sumas de dinero por la mediatización, millones de personas expectantes y todos los países preparando a sus representantes, el evento ha sobrevivido a guerras, pandemias

y modelos políticos. Ha unido lo desunido marcando posiciones, ha permitido consciente o inconscientemente que se desarrollen discursos inclusivos, de lucha, de reivindicación, y ha abierto el terreno para que todos/as/es puedan desarrollarse, porque es obvio que los obstáculos planteados a las mujeres son las que les brindaron más fuerzas.

En cuanto a los medios que los difunden, durante estos años y salvo mínimas excepciones, miran desde ojos del macho que dirige, que elige el discurso, que enjuicia a la mujer que se pierde en el deporte y que se convierte en mala madre, esposa. Desde ahí, se sexualiza cada acto deportivo: mujer --macho (las que ejercen habilidades de fuerza, potencia), mujer- puta (la que detenta la desnudez del cuerpo). Fuera de esas formas, la nada misma. Las primeras padecen discursos derrotistas, las segundas son los objetos de consumo ideales.

“Debe haberlos obligado a poner énfasis en su propio sexo y sus características, en cosas en las que no se habrían molestado en pensar de no haberse sentido desafiados... cuando uno se siente desafiado, aunque sea por unas cuantas mujeres con gorros negros, reacciona: y si uno jamás ha sido desafiado antes, reacciona excesivamente”, decía Virginia Wolf en su libro *Un cuarto propio* (1929). Así respondió el imaginario masculino que, repetimos, habita también en mujeres.

A partir de Río, y los primeros choques femeninos en la cancha (y fuera de ella), en Europa ha crecido de forma imponente. Cada vez hay más mujeres reclamando espacios y los partidos olímpicos comienzan a adquirir notoriedad y sponsors, estos últimos fundamentales para el desarrollo. Más allá de eso, en España la selección olímpica se queja de ser superiores en cuanto a performances pero tener menor difusión en sus triunfos.

Aun hoy la corriente de pensamiento binario sigue vigente y se traduce por ejemplo, en la construcción periodística, las demandas del deber ser biológico, moral y estético, los salarios notablemente menores y la lucha cada vez más visible por todas aquellas deportistas que consideran que es momento de cambiar las reglas de juego.

Los conceptos heteronormativos que denotaban superioridad- inferioridad, comenzaron a resquebrajarse y con firme lentitud las mujeres empezaron a ponerse ropa deportiva y a competir, hasta golpear muy duro los cimientos del imaginario social exigiendo un lugar, no el masculino, uno propio.



“Lo primero que me dicen es que es un deporte de hombres, que soy marimacho porque hay una pelota que pateo y me golpeo. Les choca al principio... Más allá de lo competitivo hay un grupo de mujeres que puede luchar por sus derechos y por sus sueños... Desde chicos nos dicen que a la nena hay que regalarle una escobita y a los nenes un autito. Yo creo que tiene que ver mucho la sociedad, el rugby es una disciplina como cualquier otra y no tiene género”

Sofía González, capitana de Las Pumas

Poniendo el cuerpo y la voz, las deportistas se han ido sumando a mucho más que un cupo en el evento más importante a nivel internacional, entendiendo que el único modo de

ser es acompañando una lucha política feminista que desista de los cánones estéticos, de la desestimación de los logros y los procesos.

En Argentina, las mujeres están de pie

En nuestro país, y con la profesionalización del fútbol, las deportistas iniciaron un fuerte proceso de visibilización. *"Queremos tener el mismo derecho de correr atrás de una pelota con toda el alma. La pasión no tiene género"*, señalaría en su momento Lucila Sandoval, exjugadora de la Selección argentina de fútbol femenino y fundadora de la organización **Pioneras del fútbol femenino**, que reúne a jugadoras de los años '50 a los '90.



"La ebullición y revolución feminista que pelea por reivindicar los derechos en distintos espacios, se traslada también a las canchas. Hoy el fútbol femenino es un deporte que juegan las ricas y las pobres, y cuando algo atraviesa todas las clases sociales deja de ser una moda"

Ayelén Pujol - Periodista deportiva - futbolista amateur. Autora de "Qué jugadora".

En la genealogía del deporte nacional, no hay abundancia de mujeres ¿por qué creen que ha pasado esto? Indudablemente no porque no haya habido deportistas sino, como diría en antropólogo Eduardo Archetti en "El potrero la pista y el ring", las mujeres tenían un papel secundario.

Hoy podríamos mencionar a "la tigresa" Acuña, Luciana Aymar, Noemí Simonetto, Paula Pareto, Elba Selva, Nadia Podoroska, entre muchas otras mujeres que dedicaron y dedican su vida al deporte, y llenaríamos páginas con nombre y batallas ganadas. La marginación, la violencia sistemática, los abusos y la falta de equidad hacen que su aparición se circunscriba a pocas páginas y algunas con tonos tendenciosos.

Entre pandemia y un nuevo gobierno, muchas cuestiones cambiaron. Otro paradigma social terminó de abrir las puertas para que las voces emergieran con la misma potencia que sus derechos a decidir, trabajar y a ser cuidadas ante la violencia. Algunos medios colaboraron en el menosprecio de la lucha, y evidenciaron cómo el poder se construía, se negociaba y se dirimía desde las narrativas y las acciones.

El periodismo deportivo no fue ni es ajeno a todo esto, y es un campo donde la situación es visible y palpable. Los espacios ocupados por mujeres periodistas son vinculados desde los '90 a mínimos lugares donde escasea la palabra y sobresale la imagen. Quizás pueda pensarse que es por eso por lo que en las grandes emisoras de radio recién ahora hay mujeres a cargo de programas, y en la televisión abierta hace poco que las modelos volvieron a las pasarelas y las profesionales del deporte ocuparon la pantalla.

"El lector se dará cuenta de que los deportes elegidos son eminentemente masculinos y eso significa dejar de lado disciplinas en los que la participación femenina ha sido determinante. Este es un sesgo impuesto por el universo seleccionado pero también se desprende del peso secundario del deporte femenino en la historia del país. Excepciones como Jeanette Campbell en natación, Ana Weiss y Gabriela Sabatini en tenis confirman la regla".

Eduardo Archetti "El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino" - Introducción

El 8 de octubre del 2020, en el marco de la clasificación de la selección de Scaloni para Qatar, hubo un notable cambio: Ángela Lerena, primera en cubrir campo de juego en 2012 para las transmisiones de Fútbol Para Todos y la Superliga, se incorporó a la emisión en lugar del histórico Diego Latorre. Sin pedir permiso y derrochando conocimientos, se metió nuevamente en la historia del periodismo, marcando un hito en el feminismo militante al que pertenece y siendo blanco de relatos a favor y en contra.

A diferencia de su colega Viviana Vila, primera comentarista en un Mundial que fue contratada por el canal extranjero Telemundo, Lerena se encargó de las eliminatorias de la selección desde la TV Pública.

En el Mundial '78 una santafesina coordinó la transmisión para dos canales extranjeros. Fue la misma que logró entrar al vestuario de Boca en 1981. Eglis Giovanelli, luchadora incansable por el lugar (no por un lugar), logró estar en el momento justo donde el sistema empezó muy lentamente a romperse. El camino siguió obstaculizado por sistemas políticos que acompañaban la exclusión desde las políticas laborales y donde el cupo femenino era solamente un sueño.

Desde el imaginario se decantaba que si las deportistas no eran bien vistas por asociar su cuerpo a las prácticas, tampoco lo eran a tener la posibilidad de la palabra. La opinión y la reflexión, era propiedad de los hombres dueños del micrófono como extensión fálica de su poder en los medios. Y de ese modo, las mujeres fueron espectadoras de otras no profesionales que respondían exactamente a los cánones de estética requeridas por los amantes masculinos del fútbol y los sponsor apasionados por las ventas. Sostenían carteles publicitarios, manifestaban su breve opinión guionada, y eran ridiculizadas por conductores que develaban su machismo en bromas de pésimo gusto. Como para coronar lo señalado, en el 2018 la presentación de la camiseta de la selección femenina fue realizada por una modelo. AFA fue cuestionada, pero todo quedó en anécdota.



Ángela Lerena entrevistando a Diego Maradona.

El lugar de las periodistas deportivas se va construyendo de a poco, y en estos diez años ha tomado fuerza gracias a voces como la de Viviana Vila, Rubinska, Zurco, Carla Mileo, entre muchas otras, y a la carrera de Periodismo Deportivo que una Universidad Pública desde su inicio manifiesta desde los hechos el deseo de erradicar narrativas existentes y prejuiciosas. Lento pero firme, las mujeres han comenzado a relatar, hacer campo y ocupar cargos directivos. Su construcción en los medios a veces muestra apoyo y otras un temor inmenso a que ocupen lugares que de modo hegemónico habían sido dados a varones habilitados a decir y a hacer callar.

Durante la transmisión de las eliminatorias, Lerena tuvo su espacio. La periodista deportiva representó un hecho político, social y cultural, la erradicación de un discurso binario que nos ponía como espectadoras de los partidos más importantes. No fue un partido más, no ocupó el lugar de nadie porque no hay dueños de la palabra, no necesitó ser imagen, sino conocimiento. Ese 8 de octubre glorioso del 2020, Ángela fuimos todxs los que creemos en los derechos sin distinción de género.

Luego de esta lectura les vamos a proponer dos textos que nos seguirán acompañando en la reflexión. Uno, perteneciente a Juan Branz Bautista “Rugby y masculinidad: dos caras de una misma moneda... sólo para hombres” (Páginas 71-104). El otro, de Uliana, Santiago, llamado “El hockey femenino y las leonas. Identidades cruzadas, entre nación, clase social y género” (Páginas 129-168). En ambos, se trabajan cuestiones de identidad, imaginarios, construcciones y sentidos, que se entretajan alrededor de las cuestiones de género y su implicancia socio cultural.

Los invitamos a leer y resolver el trabajo de esta semana.

Actividad Obligatoria N° 4

1. Teniendo en cuenta los ejes planteados en la clase y los análisis de los autores, les solicitamos que elijan una deportista argentina actual o no, que permita visibilizar la lucha por el derecho a ser y hacer, desde lo personal y profesional. En base al material encontrado, elaborar un texto propio e inédito, con un formato de lectura atractivo, y de calidad periodística.

Pautas para la presentación

Formato del texto: Tipografía: Arial 11 - Interlineado 1.15 - Alineación de texto: Justificado. Extensión: 30 – 40 líneas.

Plazo de la entrega: Hasta las 19 horas del martes 9 de noviembre. No se corregirán trabajos entregados fuera de plazo.